

**final  
de temporada**

**L**A temporada teatral madrileña ha muerto con una serie de datos positivos. Quizá estén ahí sin una clara conciencia de su significación. Quizá no hagan sino agitar epidérmicamente una vida teatral lastrada con muchos vicios fundamentales. Sin embargo, los nombres están: Rojas, Valle y García Lorca; un clásico, Calderón; un autor más o menos nuevo, Lauro Olmo; cerrando la lista de compañías invitadas al Nacional de Cámara, la Adria Gual, con Salvador Espriu, en medio de un programa Pinter.

Todos estos nombres —a los que yo agregaría, todavía, el primer estreno regular de un autor hispanoamericano: Jorge Díaz— revelan, en su conjunto, una subida de nuestro nivel teatral, tan abrumadoramente bajo —salvo las escasas excepciones— en los últimos años. Subida, en lo que a autores españoles se refiere —que es de lo que aquí se habla—, que resulta, a su vez, reveladora de contradicciones y encrucijadas que se plantean ahora con claridad y hasta urgencia.

Poner en línea a Rojas, a Valle Inclán y a García Lorca —salvando las distancias y reservas que cada cual establezca— es tanto como pasar a través de puntos incuestionables de la mejor tradición teatral española. Es, después del gran bache, como volver a articular las bases de un magisterio en el que aprender y al que mirar. Es restañar una herida cultural y empezar a eliminar el confusiozismo de años y años, volviendo las cosas a su verdadera jerarquía. Es poner en pie, frente al autor para empresarios, al auténtico autor dramático.

De Rojas a "La casa de Bernarda Alba", pasando por el esperpéntico don Ramón, se encierran todas las fórmulas de nuestro realismo. Todos los caminos que eligió el teatro español cuando quiso y pudo problematizar las raíces escondidas de la convivencia. Hay, quizá, otros caminos más modernos, paralelos al desarrollo histórico y a la puesta en juego de nuevas ideas. Sin embargo, una cosa parece cierta: no tenemos nada, absolutamente nada, que sea con respecto a nuestro tiempo lo que "La Celestina", "Luces de bohemia" o "La casa de Bernarda Alba" fueron respecto del troyo.

Claro, pensará el lector, que lo que hemos visto ha sido una "Celestina" ligeramente aguada por la versión y la puesta en escena. Y no ha sido "Luces de bohemia", sino una recortada "Águila de blasón" la que cumplió con las obligaciones del Centenario.

Aun con ello, los autores han estado en el cartel, y han contribuido a un proceso que quizá permita, en fecha próxima, que les veamos en sus textos e interpretaciones de mayor interés. "La Celestina", aun "La Celestina" de Casona, en la versión de José Orsma, constituye, a través de sus centenares de representaciones en el Bellas Artes, una aportación que excede en mucho a los "grandes éxitos" de no importa qué temporada madrileña. En cuanto a "La casa de Bernarda Alba", ya está estrenada, y quizá "La zapatera prodigiosa", con su enorme éxito, acabe, al fin, de demoler el monolito sentimental en que se nos había transformado el dramaturgo García Lorca. Es probable que sea ahora cuando se le empiece a estudiar, y a entender o a rechazar, sin esas decisiones apriorísticas, respetabilísimas en el orden personal pero siempre peligrosas en el plano crítico.

El caso más delicado, el que va a tardar más tiempo en resolverse, es el de Valle. Ya he hablado de los problemas que plantea su representación, del largo proceso que debe, al fin, determinar la existencia de un público que le entienda, que participe de su tragedia, y que, en lugar de escandalizarse, se purifique con la conciencia de nuestras muy profundas contradicciones españolas. Y siento utilizar el término "contradicción", gastado a fuerza de usarlo todos recta o torcidamente, pero difícilmente sustituible cuando se habla de la significación trágica de Valle. La desasistencia de público a "Águila de blasón" —aun admitida su condición secundaria dentro de la obra total de Valle, y las rectificaciones de su texto original— es, en este orden, una muestra de lo que digo. La puesta en escena de Marsillach, que me pareció excelente, era, en el peor de los casos, un trabajo discutible, personal, muy superior al nivel considerado estimable en el teatro cotidiano. Era, puestos a discrepar, una representación polémica e importante, merecedora de la máxima atención.

En última instancia, y haciendo balance, Rojas, Valle y Lorca marcan un techo del que está muy lejos el teatro español moderno que se representa. Lauro Olmo, después de su espléndida explosión de "La camisa", ha estrenado un teatro literario, retenido y falto de la frescura y el vigor de su obra inicial. Y otros autores que quizá podían llevar adelante el realismo profundo y diverso, personalísimo e historizado, de los Rojas, Valle o Lorca, ni estrenan, ni publican, ni, por tanto, viven ese proceso que condujo a Lorca hasta la cima de "La casa de Bernarda Alba" y a Valle hasta el esperpento.

Ese es el punto —conectado con la falta de una reanimación polémica y problematizada de nuestros clásicos— que nos descubre los fallos de un panorama cargado de nombres importantes.

Pero es, también, la evidencia de que nuestra vida teatral va, poco a poco, cargándose de datos positivos, objetivando ante el público sus problemas y límites. Y en tales casos, ya se sabe, acaba siempre por darse un paso hacia adelante.

JOSE MONLEON



**LE MAQUILLAGE  
DES YEUX**

*Germaine Monteil*

PARIS LONDON NEW YORK

LACAMBRA Y ESPOY, S. A. DISTRIBUCION EXCLUSIVA PARA ESPANA. MONTEIL, 205 BARCELONA-18